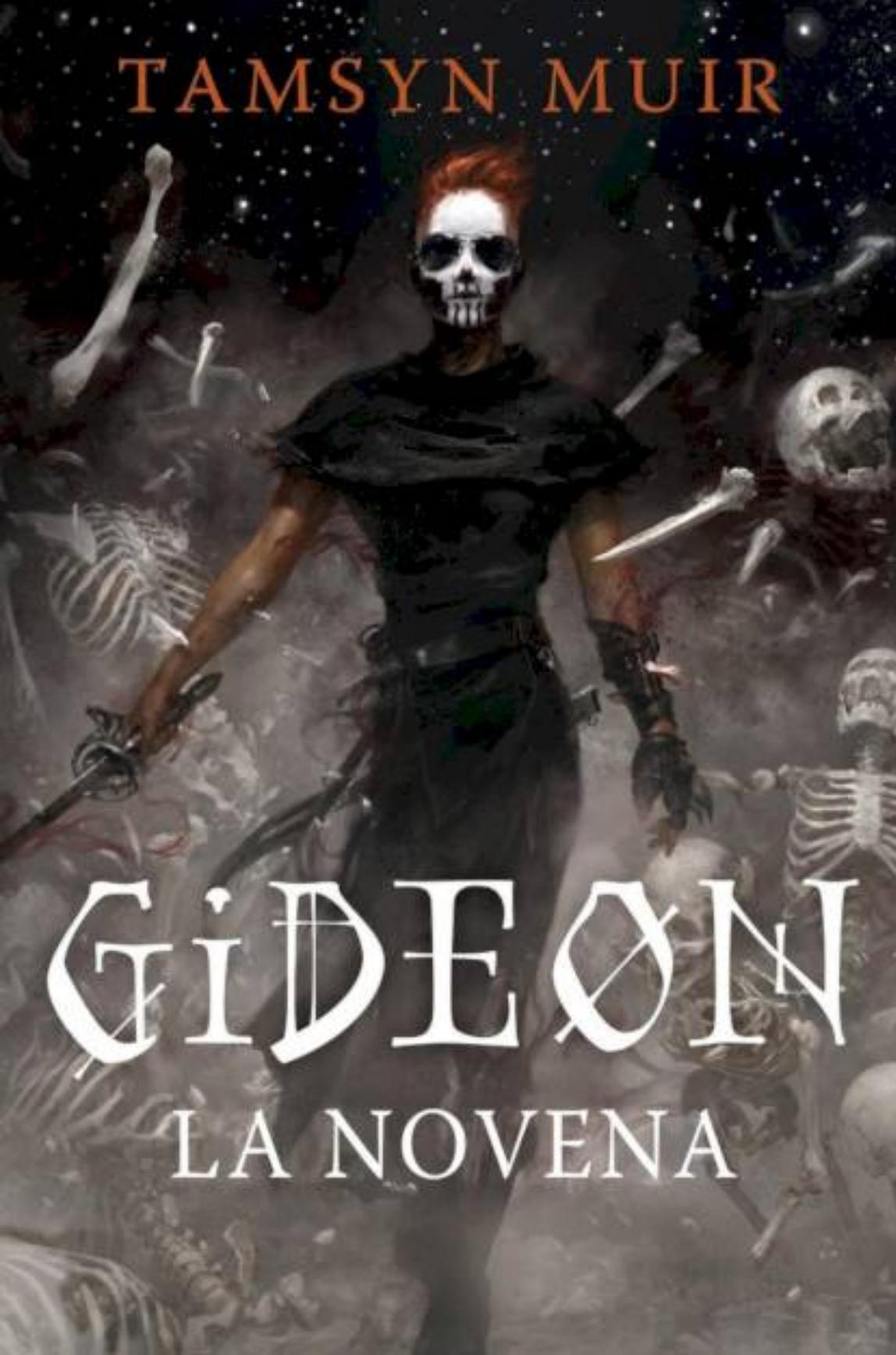


TAMSYN MUIR



GIDEON

LA NOVENA

El Emperador necesita nigromantes. La nigromante de la Novena necesita una espadachina. Gideon tiene una espada, unas revistas guarras y ninguna paciencia para tonterías con los muertos vivientes.

Después de haber sido criada por profesoras antipáticas y osificadas, sirvientes vetustos y una infinidad de esqueletos, Gideon está lista para abandonar una vida de servidumbre y un más allá como cadáver reanimado. Mete su espada y sus revistas guarras en la maleta y se prepara para su audaz escapada. Pero su némesis de la infancia no piensa dejar que se libere así como así.

Harrowhark Nonagesimus, reverenda hija de la Novena Casa y extraordinaria bruja de los huesos, ha sido convocada. El Emperador ha invitado a los herederos de cada una de sus leales casas a una prueba mortal que someterá a examen su inteligencia y sus habilidades. Si Harrowhark Nonagesimus tiene éxito, se convertirá en una sirvienta inmortal y todopoderosa de la Resurrección, pero ningún nigromante ha sido capaz de conseguirlo sin la ayuda de su caballero. Sin la espada de Gideon, Harrow fracasará y la Novena Casa terminará por desaparecer.

Y hay cosas que es mejor dejar muertas.

Para pT
u

DRAMATIS PERSONAE

En orden de aparición por casa

La Novena Casa

Guardianes de la Tumba Sellada, la casa de la lengua zurcida, los vestales negros

Harrowhark Nonagesimus HEREDERA DE LA NOVENA CASA, REVERENDA HIJA DE ELEGIOBURGO

Pelleamena Novenarius SU MADRE, REVERENDA MADRE DE ELEGIOBURGO

Priamhark Noniusvianus SU PADRE, REVERENDO PADRE DE ELEGIOBURGO

Ortus Nigenad CABALLERO CAPITAL DE LA HEREDERA

Crux MARISCAL DE LA NOVENA CASA

Aiglamene CAPITANA DE LA GUARDIA DE LA NOVENA CASA

Hermana Lacrimortia PROFESA DE LA TUMBA SELLADA

Hermana Aisamortia PROFESA DE LA TUMBA SELLADA

Hermana Glaurica PROFESA DE LA TUMBA SELLADA

Algunos discípulos, sectarios y legos de la Novena y

Gideon Nav SIRVIENTE CONTRATADA DE LA NOVENA CASA



La Primera Casa

Divino Nigromante, Rey de las Nueve Renovaciones, Nuestro Revividor, el Nigrolord Supremo

EL EMPERADOR
SUS LICTORES
Y EL SACERDOCIO DE LA MORADA CANAÁN



La Segunda Casa

La fuerza del Emperador, la casa del escudo carmesí, la casa del centurión

Judith Deuterios HEREDERA DE LA SEGUNDA CASA,
CAPITANA DEL SÉQUITO

Marta Dyas CABALLERA CAPITAL DE LA HEREDERA,
TENIENTE DEL SÉQUITO



La Tercera Casa

La boca del Emperador, el cortejo, la casa de los muertos relucientes

Coronabeth Tridentarius HEREDERA DE LA TERCERA
CASA, PRINCESA CORONADA DE IDA

Ilanthe Tridentarius HEREDERA DE LA TERCERA CASA,
PRINCESA DE IDA

Naberius Tern CABALLERO CAPITAL DE LAS HEREDERAS,
PRÍNCIPE DE IDA



La Cuarta Casa

La esperanza del Emperador, la espada del Emperador

Isaac Tettares HEREDERO DE LA CUARTA CASA, BARÓN
DE TISIS

Jeannemary Chatur CABALLERA CAPITAL DEL
HEREDERO, CABALLERA DE TISIS



La Quinta Casa

El corazón del Emperador, los vigilantes sobre el Río

Abigail Pent HEREDERA DE LA QUINTA CASA, DAMA DE LA CORTE DE KONIORTOS

Magnus Quinn CABALLERO CAPITAL DE LA HEREDERA, SENESCAL DE LA CORTE DE KONIORTOS



La Sexta Casa

La razón del Emperador, los maestros custodios

Palamedes Sextus HEREDERO DE LA SEXTA CASA, MAESTRO CUSTODIO DE LA BIBLIOTECA

Camilla Hect CABALLERA CAPITAL DEL HEREDERO, MANO DEL CUSTODIO DE LA BIBLIOTECA



La Séptima Casa

El regocijo del Emperador, la rosa no florecida

Dulcinea Septimus HEREDERA DE LA SÉPTIMA CASA, DUQUESA DE RODAS

Protesilaus Ebdoma CABALLERO CAPITAL DE LA HEREDERA, CABALLERO DE RODAS



La Octava Casa

Guardianes del tomo, la casa indulgente

Silas Octakiseron HEREDERO DE LA OCTAVA CASA, MAESTRO TEMPLARIO DEL CRISTAL BLANCO

Colum Asht CABALLERO CAPITAL DEL HEREDERO, TEMPLARIO DEL CRISTAL BLANCO

*Dos es disciplina, ajena a los aprietos.
Tres, el brillo de una joya o de un gesto.
Cuatro es lealtad, también contiendas.
Cinco, con los difuntos acervo y deudas.
Seis es verdad y no consuelo en mentiras.
Siete, belleza que brota y expira.
Ocho es redención, a toda costa.
Nueve, la tumba y lo perdido otrora.*

PRIMER ACTO



1

EN EL AÑO MIRIÁDICO DE NUESTRO SEÑOR, ¡el diezmilésimo año del Rey Imperecedero, del bondadoso Príncipe de la Muerte!, Gideon Nav guardó en el equipaje la espada, los zapatos y las revistas guarras y acto seguido se fugó de la Novena Casa.

No huyó a la carrera. Gideon no corría a menos que fuera necesario. Se cepilló los dientes con despreocupación y después se lavó la cara en la oscuridad absoluta que precede al alba; hasta llegó a barrer el polvo del suelo de su celda. Se sacudió la gran túnica negra y la colgó de la percha. Lo había hecho todos los días durante más de una década, por lo que no necesitaba nada de luz. Además, era bien entrado el equinoccio y no habría luz alguna en unos meses. Una podía dilucidar en qué estación se encontraban fijándose en la fuerza de los chasquidos de los conductos de ventilación. Se vistió de los pies a la cabeza con polímeros y telas sintéticas. Luego se peinó. Después silbó entre dientes mientras abría la cerradura de sus esposas de seguridad y las colocaba junto a la llave robada con mucho cuidado sobre la almohada, como si fuese la chocolatina de un hotel de lujo.

Salió de la celda, se colgó al hombro el equipaje y luego se tomó su tiempo para bajar los cinco escalones que la llevaban al nicho sin nombre de su madre en las catacumbas. Era un gesto sensiblero por su parte, ya que su madre no pasaba por allí desde que ella era pequeña y tampoco se iba a meter ahora. Luego le tocó subir veintidós tramos

para salir, unos tramos que no se libraban de la densa oscuridad y que daban al hueco abierto del pozo en el que la estarían esperando: la llegada de la lanzadera estaba prevista para dos horas después.

En el exterior se veía a la perfección el cielo de la Novena. Era de un blanco turbio en los lugares en los que la atmósfera era más compacta, y añil en los que era más ligera. El brillo perlado de Dominicus relucía gentilmente por la entrada del alargado túnel vertical. Dio un paseo por el perímetro en la oscuridad, siempre apoyando las manos contra la fría y aceitosa roca de las paredes de la cueva. Al terminar, pasó un buen rato apartando a patadas y con gesto metódico hasta el más pequeño de los montículos o cúmulos de tierra y rocas que había en el suelo desgastado de la plataforma de aterrizaje. Clavó la estropeada punta metálica de la bota en el suelo macizo para comprobar cuán improbable sería que alguien excavara en él y luego se alejó. Gideon no se dejó sin comprobar ni un solo centímetro del enorme y vacío lugar y, mientras las luces del generador empezaban a titilar y a atenuarse, volvió a revisarlo a ojo otro par de veces. A continuación escaló por la maraña de cables de los focos y los comprobó también, cegada por la luz y agarrada a la parte trasera de los armazones, embargada por la alegría funesta propia de quien no ha encontrado nada.

Se detuvo a esperar en uno de esos montículos de escombros que había desperdigados en el mismísimo centro. Los focos cegaban por completo la escasa luz natural y proyectaban con irritación sombras deformadas en todas direcciones. Las sombras de la Novena eran densas y furtivas, frías y del color de los moratones. Gideon dio buena cuenta de una pequeña bolsa de plástico llena de gachas mientras esperaba allí. Tenían un maravilloso sabor anodino y terrible.

La mañana se abrió paso como se habían dado paso todas las mañanas de la Novena desde que la Novena existía.

Empezó a deambular abstraída por la enorme plataforma de aterrizaje para no aburrirse, a dar patadas a los dispersos montículos de gravilla a medida que se desplazaba por allí. Se acercó a la terraza y bajó la vista hacia la caverna central en busca de movimiento mientras intentaba sacarse de entre las muelas con la punta de la lengua los restos de gachas que se le habían quedado pegados. Al cabo de un buen rato oyó el lejano traqueteo de los esqueletos que se dirigían a recoger absortos los puerros de nieve de las tierras de labranza. Gideon se los imaginó: huesos de marfil mugriento bajo esa luz tenue y sulfúrea, los picos resonando al entrechocar con el suelo y esos ojos que eran un sinfín de agujeritos rojos que no dejaban de titilar.

La Primera Campana dio su lastimero y nada melodioso tañido para llamar a las oraciones matutinas, y resonó igual que siempre: como si la hubieran dejado caer por unas escaleras: TO-LÓN... TO-LÓN... TO-LÓN. Un estruendo que la había despertado todos los días desde que tenía uso de razón. Otro movimiento. Gideon se fijó en las profundidades, donde unas sombras habían empezado a congregarse junto a las puertas frías y blancas del castillo de Elegioburgo, majestuosas entre la mugre, enclavadas en la roca, de tres cuerpos de ancho y seis de alto. Dos braseros ardían a cada lado; de ellos emanaba siempre una humareda untuosa y desagradable. En las puertas había grabadas pequeñas siluetas blancas en multitud de poses, cientos y miles de ellas, esculpidas con alguna especie de truco que hacía que sus ojos siempre mirasen hacia ti. De pequeña, Gideon había pasado entre gritos, como si la estuvieran matando, cada vez que tenía que cruzarlas.

Comenzó a ver más actividad en los pisos inferiores. La escasa luz había aumentado la visibilidad. La Novena saldría en peso de sus celdas después de la meditación matutina para orar, mientras los siervos de Elegioburgo lo disponían todo para el resto del día. Llevarían a cabo todo tipo de rituales solemnes e inútiles en los descansos. Gideon ti-

ró la bolsa vacía de gachas a las profundidades y luego se sentó con la espada sobre las rodillas. Empezó a limpiarla con un trapo. Quedaban cuarenta minutos.

El tedio invariable de las mañanas de la Novena cambió de repente. La Primera Campana volvió a tañer: TO-LÓN... TOLÓN... TO-LÓN... Gideonladeó la cabeza para escuchar y se dio cuenta de que había dejado las manos inmóviles sobre la espada. Resonó veinte veces antes de quedarse en silencio. Vaya, una asamblea. Poco después se volvió a oír el traqueteo de los esqueletos, que habían soltado picos y azadas para atender la llamada. Bajaron por las gradas en filas angulares, interrumpidas por aquí y por allá por una figura renqueante de atuendos de un negro oxidado. Gideon siguió atendiendo la espada con el trapo. Había sido un buen intento, pero no iba a picar.

No alzó la vista cuando oyó retumbar los pasos pesados cerca de ella, ni con el repiqueteo de una armadura oxidada, ni con la vibración de ese aliento mohoso.

—Treinta minutos desde que me escapé, Crux —dijo Gideon, sin dejar de afanarse con el arma—. Me da la impresión de que hasta querías que me marchara. Jodeeer, seguro que es lo que quieres, en realidad.

—Pedisteis una lanzadera utilizando artimañas —balbuceó el mariscal de Elegioburgo, cuyo prestigio radicaba en estar más decrepito vivo que muchos muertos. Se situó frente a ella en la plataforma de aterrizaje y gorjeó con indignación—. Habéis falsificado documentos. Robasteis una llave. Os quitasteis las esposas. Habéis mancillado esta casa, usado sus haberes de manera indebida y robado suministros.

—Venga, Crux, seguro que podemos llegar a un acuerdo —trató de convencerlo Gideon, que le dio la vuelta a la espada y la miró muy concentrada mientras buscaba mellas—. Tú me odias. Yo te odio. Deja que me marche sin pelear y podrás jubilarte en paz. Búscate una afición. Mira, podrías escribir tus memorias.

—Habéis mancillado esta casa. Usado sus haberes de manera indebida. Habéis robado suministros.

Estaba claro que a Crux le gustaban las palabras rimbombantes.

—Podrías imaginarte que mi lanzadera explota al escapar y que muero. Qué pena, ¿verdad? Dame un respiro, Crux. Te lo suplico... Si quieres te puedo regalar una revista en la que sale mucha piel. ¿Qué me dices? *Tetas de vanguardia de la Quinta Casa*. —El mariscal se quedó tan horrorizado que no supo qué decir—. Vale, vale, lo retiro. Lo de «Tetas de vanguardia» me lo acabo de inventar.

Crux avanzó como un glaciar con oscuras intenciones. Gideon dio una voltereta hacia atrás y levantó una nube de polvo y gravilla justo cuando el puño inmemorial del mariscal se dirigía hacia ella. Guardó con presteza la espada en la vaina, que aferró entre los brazos como si fuese un bebé. Después se retiró aún más para evitar la bota y esas manos enormes y decrepitas. Puede que Crux estuviera a punto de morir, pero parecía estar hecho de cartílagos y tener unos treinta nudillos en cada puño. Era viejo, espantoso y cadavérico.

—Tranquilo, mariscal —dijo Gideon al tiempo que se arrastraba por los suelos—. Como sigas así, corres el peligro de empezar a divertirte.

—Habláis con demasiada seguridad para ser una esclava, Nav —repuso el mariscal—. Os odio, pero no sois más que mercancía y provisiones. Vuestros pulmones figuran en el inventario para la Novena. También he apuntado vuestra bilis, que es bilis para la Novena. Vuestro cerebro es poco más que una esponja marchita y vulgar, pero también es para la Novena. Venid aquí y permitid que os cierre los ojos, que os suma en la inconsciencia del óbito.

Gideon dio otro paso atrás para mantener las distancias.

—Crux, si lo que quieres es amenazarme deberías decir algo así como: «Venid aquí o si no...».

—Venid aquí y permitid que os cierre los ojos, que os suma en la inconsciencia del óbito —gruñó el anciano, sin dejar de acercarse a ella—. La dama ha dicho que requiere de vuestra presencia.

Fue entonces cuando Gideon notó un cosquilleo en las palmas de las manos. Alzó la vista hacia el espantapájaros que se erigía frente a ella, y él le devolvió la mirada: tuerto, siniestro y espantoso. Daba la impresión de que la armadura anticuada había empezado a pudrirse alrededor del cuerpo. Además, la piel que le cubría el cráneo estaba estirada y lívida, como si estuviese a punto de caérsele, pero no parecía que aquello le importara en absoluto. Gideon sospechaba que el día en que muriese, la pura malevolencia que emanaba de él lo mantendría en movimiento, a pesar de que no había ni un atisbo de nigromancia en su interior.

—Pues ciérrame los ojos y súmeme en la inconsciencia del óbito si eso es lo que quieres —replicó Gideon muy despacio—, pero tu dama puede irse al mismísimo infierno.

Crux le escupió. Aquello fue muy desagradable, pero qué le iba a hacer. El mariscal acercó la mano a la daga que llevaba amarrada al hombro en una vaina cubierta de moho y la desenfundó unos centímetros para mostrarle parte de la hoja. Al verla, Gideon se puso en pie y se cubrió con la vaina de la suya como si fuese un escudo. Tenía una mano en la empuñadura y la otra en el medallón de la vaina. Se miraron el uno al otro, impertérritos; ella, muy quieta, y el anciano, entre jadeos flemáticos.

Gideon dijo:

—No cometas el error de desenfundar frente a mí, Crux.

—No sois tan buena con esa espada como creéis, Nav —replicó el mariscal de Elegioburgo—, y algún día os despellejaré por vuestra insolencia. Algún día, usaré vuestra piel para preparar pergaminos. Algún día, las profesas de la Tumba Sellada limpiarán los osarios con vuestros cabellos. Algún día, el polvo de vuestros serviciales huesos cubrirá

todos esos lugares que tanto despreciáis y la grasa de vuestras entrañas lustrará las rocas de esta santa casa. Hay una asamblea, Nav. Os ordeno que acudáis.

Gideon perdió la compostura:

—Vete tú si quieres, perro viejo y exánime. Y más te vale decirle a esa que se olvide de mí.

Se llevó una gran sorpresa al comprobar que el anciano se daba la vuelta y empezaba a alejarse a paso firme. No dejó de maldecir ni de murmurar mientras lo hacía, y Gideon se dijo que ya lo tenía todo controlado desde antes de despertar esa mañana, que Crux no era más que una figura de control incapacitada, un último intento para comprobar si era lo bastante estúpida o cobarde como para volver a recluirse detrás de los fríos barrotes de su prisión. Detrás del pútrido y gris corazón de Elegioburgo. Detrás del aún más pútrido y más gris corazón de su dama.

Sacó el reloj del bolsillo y lo miró: quedaban veinte minutos, poco más de un cuarto de hora para que Gideon fuese libre, para que se marchara al fin de allí. Nada ni nadie podría impedirselo a esas alturas.

* * *

—Crux os está poniendo verde delante de todo el mundo —dijo una voz cerca de la entrada cuando quedaban quince minutos—. Ha dicho que desvainasteis el arma y que le ofrecisteis pornografía nauseabunda.

Gideon volvió a sentir un cosquilleo en las palmas de las manos. Se reclinó en su incómodo trono de rocas y centró la vista entre sus rodillas sin dejar de contemplar la pequeña manecilla mecánica que contaba los minutos.

—No soy tan tonta, Aiglamene —dijo—. Si amenazo a un oficial de la casa, el Séquito no querría usarme ni como bayeta para limpiar los baños.

—¿Y lo de la pornografía?